

LOS NIÑOS NACIERON BIEN

José-Martí Solórzano R.

La bomba atómica —el arma más terrible que jamás haya inventado el genio del hombre— se convirtió desde un principio en una amenaza mortal para la continuidad misma de la especie humana.

Hoy por hoy no existe problema más serio que la competencia armamentista nuclear, hija mayor de los "niños que nacieron bien" en 1945 y lo peor que nos hayan podido legar.

La lucha por el monopolio de las armas nucleares, su fabricación, perfeccionamiento y acumulación, así como la frenética competencia en la producción de nuevos sistemas,

tipos y cantidades de armas se ha venido intensificando en espiral ascendente en los últimos tres decenios.

En los diferentes y ultrasecretos arsenales de las superpotencias se han almacenado artefactos nucleares con una potencia explosiva de 60.000 millones de toneladas de TNT. En el caso de que se desencadenara una hecatombe nuclear "equitativamente" repartida sobre el planeta, tendríamos el consuelo de que a cada uno de sus habitantes nos corresponderían únicamente quince toneladas . . .

Todo empezó, a título experimental, el 16 de julio de 1945, en el desierto de Alamogordo, Nuevo Méjico, Estados Unidos. El experimento de la muerte por el cual se creaba la bomba atómica había dado resultado y aparece así la más terrible arma jamás inventada por el genio del hombre, y que desde el principio se convirtió en la amenaza mortal y el problema número uno para la continuación misma de la especie humana.

En la misma época en que el Presidente Truman recibía el mensaje cifrado "Los niños nacieron bien", avisándole del éxito del descubrimiento atómico, Oppenheimer ya predecía que "la vida nunca volvería a ser lo que hasta entonces había sido". El presagio llegó para quedarse y en nuestros días no existe problema más importante que la competencia armamentista nuclear, hija mayor de los niños que nacieron bien en 1945, lo peor que nos pudieron haber dejado.

En los últimos tres decenios la lucha por el monopolio de las armas nucleares, su fabricación, perfeccionamiento y acu-

mulación y la competencia frenética en la producción de nuevos sistemas, tipos y cantidades de armas, han ido aumentando en espiral ascendente.

Los armamentos nucleares tácticos se sumaron a los estratégicos; a la bomba atómica siguió la de hidrógeno y la capacidad destructiva aumentó, reduciendo su volumen.

La bomba del tipo Hiroshima, cuya potencia se mide en kilotones, es hoy artefacto de museo. Fue sobrepasada por armas evaluadas en megatonnes (un millón de toneladas de explosivos convencionales). Hay algunas que llevan cargas de miles de megatonnes. En la escena armamentista actual la carga estratégica menor es 2.5 veces mayor que la bomba del

tipo Hiroshima, que a la vez tenía una potencia explosiva superior en 2.000 veces a la bomba tradicional más poderosa de la Segunda Guerra Mundial, que contenía diez toneladas de TNT. Los cohetes balísticos de hoy tienen, a su vez, cargas "ordinarias" con una potencia de una megatonelada, cincuenta veces más poderosa que el artefacto de museo mencionado. En 1963 el número de bombas nucleares transportables por cohetes era de 1.670; en 1976 el número llegó casi a 12.000.

En 1945, los Estados Unidos tenían el monopolio nuclear, hasta que en 1949 los soviéticos explotaron la bomba —A— rompiendo así el monopolio. En nuestros días, además de estas dos potencias nucleares, hay otras tres potencias más, con posibilidades de lanzar bombas. Además, hay veinte países que cuentan con la tecnología y el material necesarios para fabricar explosivos nucleares.

Todos estos explosivos nucleares suman 60.000 megatonnes que están almacenados en diferentes arsenales. Esto significa que a cada uno de no-

sotros, en caso de una catástrofe nuclear, nos tocarían quince toneladas de explosivos nucleares.

En Costa Rica, tomándolo como un país de más de dos millones de habitantes, el lanzamiento de una bomba nuclear de dos megatonnes tendría los siguientes efectos: 180.000 heridos; 1.420.000 inválidos; 540.000 muertos a causa del fuego y al soplo; y 180.000 muertos a causa de las caídas radioactivas. La distribución de la electricidad, los edificios y las cañerías quedarían destruidos en su mayor parte o averiados.

El avance ha sido vertiginoso, la competencia exhaustiva y los costos horrendos. La carrera atómica ha llegado a convertirse en una trampa sin escape, en donde todos nosotros actuamos como las posibles víctimas.

La carrera por el monopolio

El descubrimiento de la bomba atómica y el subsecuente desarrollo armamentista han llevado a la Unión Soviética y a los Estados Unidos a una relación competitiva sin precedente alguno.

Dos ideas principales han mantenido lo que en alguna ocasión John Kenneth Galbraith llamó la "competencia fatal". Por un lado, la relación simbiótica entre los que manufacturan y desarrollan las armas, con aquellos que controlan el poder militar en ambos países. Por otro lado, el conflicto, que pareciera eterno y sin solución, entre los sistemas económico-políticos de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Las luchas entre el capitalismo y el comunismo; entre el ateísmo y la disciplina autoritaria de un lado, y los valores espirituales, la fe y la libertad del otro, no tienen reconciliación posible.

La competencia se mantiene en todos los campos. La carrera armamentista se volvió del plano de esta competencia más peligrosa en donde están involucrados no sólo los intereses ideológicos, sino que también la vida misma y en donde nosotros no tenemos ni voz ni voto.

Hemos pasado los últimos treinta y más años de historia, de un conflicto de fe a la aceptación de una trampa. El interés económico de las potencias sigue manteniendo este fatal destino. El fantasma de la guerra ha movido a las potencias a buscar una relación de dependencia sobre otras naciones y también a seguir con el control, hasta lo posible, de los armamentos nucleares.

Las negociaciones que han mantenido estos

dos países para conservar control y su balance, conocidas como SALT (Strategic Arms Limitation Talks), han llegado a trabarse, y podrían no ser ya capaces de preservar el equilibrio nuclear entre las dos potencias.

En 1965 y según el informe de varios expertos norteamericanos, los Estados Unidos tenían una ventaja de cuatro a uno sobre los soviéticos en misiles nucleares estratégicos. Hoy los americanos tienen 1.054 misiles balísticos intercontinentales (ICBM's) comparados con 1.398 que poseen los soviéticos. La Unión de Repúblicas Socialistas, por otro lado, lleva la ventaja en submarinos atómicos de sesenta y cuatro contra cuarenta y uno de los americanos. Los rusos siguen siendo también más poderosos en bombarderos nucleares (849 contra 414). Además, los norteamericanos no poseen ningún misil balístico de mediano alcance (de 1,875 a 2,175 millas) mientras que los soviéticos cuentan con 710.

Los soviéticos siguen desarrollando sus técnicas en los SS-18 y los SS-19 y los americanos en sus equivalentes. Unos fabrican el "cruise missile" y los otros contestan con el "back fire". Las acciones crean reacciones, el desenfreno continúa, las armas nucleares se perfeccionan y nuestra existencia se pone cada vez en más peligro.

Aunque el peligro de extinción es grande y tal vez sólo una posibilidad, lo real son los efectos sociales y económicos de esos armamentos nucleares. Si tomamos solo un avión de bombardeo que porta cargas nucleares, notamos que su costo en dólares asciende a 61.500.000. Esto equivale al ingreso anual promedio de más de 600.000 habitantes de los países subdesarrollados. Estos países también podrían educar, por un año, a 16 millones de niños con el costo de un solo submarino tipo "trident" de los que en la actualidad existen en cantidades enormes. También podríamos nosotros tener una central hidroeléctrica con una capacidad de 1.700 MW con el precio que se paga para construir una base de lanzamiento de cohetes intercontinentales.

Existen además 194 reactores nucleares que operan en veinte países y para 1985 la cifra subirá a más de 600 reactores en treinta y nueve países. Estas plantas llegan a ser sirvientes demasiado caros, a un costo promedio

de mil millones de dólares. Lo peligroso de todo esto es que la aplicación pacífica de la energía nuclear por medio de reactores, parece ser inseparable de la pesadilla de la bomba atómica. La nación que tenga un reactor puede en su eventualidad tener una bomba atómica. Verdades tristes y costos sociales altísimos, es algo de lo que hemos legado nosotros a nuestros hijos.

Pero ¿qué esfuerzos se han llevado a cabo en el campo internacional para tratar de disminuir o aplacar el monstruo atómico ya que no se puede acabar con él, y por qué Costa Rica no se ha metido a ayudar de lleno en el problema número uno de nuestra época, sino que se limita a apoyar políticas generales de una de las grandes potencias?

Uno de los actos en que participó Costa Rica fue el de la firma del Tratado de Tlatelolco, en contra de la proliferación americana de las bombas atómicas, en el cual nos unimos a otros países para permitir el tráfico de estas armas por nuestro territorio, en caso de gue-

rra, y que puso en juego la seguridad de todos nosotros.

Algún comentarista que gusta de hacer especulaciones podría pensar que el ZAP u Oficina Multilateral de Diplomacia influyó firmemente para decidir nuestro voto, aunque yo no lo creo así, ya que nadie en realidad pareciera dar noticias muy completas de esta oficina que la prensa inglesa califica como cosa ultrasecreta. De todas maneras, la persona capaz de darle a la opinión pública justificación y explicación de las pasadas acciones de la política exterior de nuestro país, son los llamados excancel- leres.

En cuanto a los esfuerzos internacionales para contrarrestar el uso de las armas que forman parte de la categoría de

los medios de destrucción en masa, cuyos efectos se extienden a la aniquilación de los que no participamos directamente en el combate, la población civil, la primera declaración de un instrumento internacional para prohibir el uso de algunas armas que aumentarían las muertes y los sufrimientos se hizo en San Petersburgo el 11 de diciembre de 1868. De ahí siguieron la prohibición del uso de las armas tóxicas o venenos y otras sustancias previstas en el convenio de La Haya de 1907. El protocolo de Ginebra en 1925 proscribió el uso de gases tóxicos y asfixiantes así como el uso de los medios bacteriológicos de guerra. En 1972 hubo otro convenio, continuación del anterior, que prohibía el perfeccionamiento, producción y depósitos de las armas biológicas. También en 1977 se adoptó todo lo relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados internacionales.

Otros convenios han tratado de dar las reglas fundamentales concernientes a los medios y métodos de la guerra, así como la desnuclearización de varias regiones geográficas mundiales. Pero tal vez el área en donde más se ha notado el esfuerzo de las potencias nucleares por mantener el monopolio de las armas atómicas por medio de tratados, ha sido en la proliferación de estos armamentos.

En esta área los Estados Unidos se han afe- rrido a la tesis de evitar la proliferación de las armas atómicas y los soviéticos los han secundado, para buscar la creación de un sistema mundial capaz de salvaguardar el *statu quo* y sus intereses comunes. Los Estados Unidos, ya desde 1942-43, habían firmado tratados con la Gran Bretaña para establecer la cooperación comercial y militar entre ambos. Tan pronto como se descubrió la bomba atómica, la nación del norte buscó mantener su monopolio.

Varios programas, leyes y planes fueron creados para asegurarse esta posición. Entre ellos resaltan el plan Baruch-Llienthal como un mecanismo de control, la ley McMahon de 1946, en la que se prohibió la comunicación de información militar a otros países, y el programa del presidente Eisenhower llamado "Atoms for peace", en el cual enlistaba el poder científico y el tecnológico para fines políticos. La base de todos estos

planes y programas era la creación de barreras para evitar el surgimiento de alguna nueva fuerza nuclear independiente, que le restara poder a la potencia.

El único medio de poseer algo nuclear para terceras naciones era para su uso pacífico. Pero a pesar de todos estos esfuerzos de los norteamericanos y de los soviéticos, el poder nuclear ha proliferado, aun cuando el monopolio lo conservan las dos potencias. Su poder tecnológico y la posesión de armas son tan enormes que ninguna otra nación podría llegar a equipararseles.

La competencia entre las dos grandes potencias continúa firme y la posibilidad de un encuentro nuclear pareciera que se incrementa con el paso de las horas.